

## Lefebvre y la crítica de la modernidad

*Bolívar Echeverría\**

Después de lo que sabemos acerca de lo que decía Marx de la capacidad de los franceses para aprehender el meollo de su obra; después de considerar que la teoría marxista se hizo sobre todo y casi exclusivamente en alemán; después de tener en cuenta que el marxismo francés fue siempre muy peculiar, tanto que culminó en la obra más desmerecedora del marxismo, que fue la de Louis Althusser, hablar de Lefebvre es hablar de quien quizá es el único francés seguidor de Marx que merece la pena mencionarse.

Lefebvre es el marxista francés por excelencia. Francés quiere decir, en este caso, toda una manera peculiar de acercarse al discurso, al decir –y, en este caso, al decir de la revolución comunista–, un modo peculiar relacionado con eso que Braudel llama la “identidad de Francia”. El francesismo marxista de Lefebvre tiene que ver, más que con una persistencia de la tradición filosófica francesa, con una permeabilidad del pensamiento y del discurso de Lefebvre hacia la historia del ensayo y la de la canción francesas.

El marxismo de Lefebvre se debe al espíritu francés de la época del Renacimiento. Lefebvre es un marxista francés porque

se parece a Montagne, a Francois Villon, a Rabellais. Ellos son los autores que resuenan en el estilo, en el modo de filosofar y de pensar de este único marxista francés que fue Henri Lefebvre.

Aunque admirador de Hegel, Lefebvre tiene una manera de pensar sistemática que es muy diferente de la de Hegel. No cabe duda de que en Lefebvre hay esa atracción muy frecuente entre los pensadores franceses por el rigor, el gran aparato, el edificio sistemático de los pensadores alemanes. Pero lo peculiar y saludable en la sistematicidad del discurso de Lefebvre es justamente que no es –por más que en muchas ocasiones, sobre todo al principio, quería ser– hegeliano, sino que la suya es una sistematicidad no deductiva; podría llamarse, con las palabras que se acuñaron después, “rizomática”.

Lefebvre construye un inmenso sistema de pensamiento. No hay casi tema de la filosofía, de la sociología, incluso de la historia que no haya sido abordado por él. La obra de Lefebvre es omniabarcante y pretende ser sistemática, pero su sistematicidad no está hecha a partir de una construcción, de un esquema, de una estructura, sino más bien a partir de una red, la red rizomática que va conectando casi azarosamente un tema con otro a lo largo de su vida. Lefebvre se mueve por todos los terrenos, pero no sigue un orden sistemático en el sentido deductivo, sino de asociación, que vuelve tan atractiva su obra.

Su pensamiento es de amplios horizontes. Es muy difícil encontrar un tema –incluso actual– que no haya sido planteado o tratado por él y dentro del cual no tenga algo importante que decir: la teoría del urbanismo, el problema de la relación entre el campo y la ciudad, la construcción del espacio..., ahí está Lefebvre con algo importante que decir. Cuando hablamos de la modernidad, tenemos que tomarle en cuenta porque él fue uno de los primeros en hacer una *Introducción a la modernidad* en la cual efectivamente plantea una serie de asuntos con gran originalidad. Cuando hablamos del romanticismo no podemos pasar por alto la profunda inspiración romántica que lo caracteriza. Él es el primero que tiene un libro que se llama *Crítica de la vida cotidiana*. En fin, si hablamos de problemas del lenguaje y la sociedad, ahí está un libro de Lefebvre con asuntos sumamente importantes sobre este tema. Cuando hablamos de Nietzsche, los dos libros que le dedica Lefebvre plantean sugerentes sesgos, modos de aproximarse que no eran usuales. Igual podemos decir de Hegel; Lefebvre es el gran introductor de una serie de planteamientos hegelianos que antes no se conocían en Francia. Y no se diga de Marx. También sobre Lenin y sobre la revolución, tiene obras importantes.

Se trata, pues, de una figura muy descollante en la historia del marxismo del siglo xx. Para buscar un punto de comparación, sólo podría equipararse, tal vez, a obras como la de Ernst Bloch en alemán. Pero, insisto, es un pensador muy especial en la historia del marxismo francés, el único que supo hacer marxismo a la francesa, abier-

tamente, reconociendo que cada idea tiene su manera diferente de resonar en cada una de las lenguas y que es necesario hacer hablar a la lengua, resonarla en cada uno de los discursos que uno quiera construir.

En esta ocasión sólo quiero hacer referencia brevemente a la obra de Henri Lefebvre recordando un elemento esencial de la teoría de la enajenación. En 1970 –es decir, mucho antes de la caricatura de ese tema que aparecerá a finales del siglo xx– Henri Lefebvre publicó un libro titulado *El fin de la historia* en el cual encontramos una aseveración acerca del concepto de enajenación que me impactó y que de alguna manera me hizo pensar y repensar la idea de la enajenación en Marx. Quisiera traer aquí la siguiente cita extraída de aquel libro:

“Hay que definir la enajenación no por la pérdida de una esencia, de una humanidad genérica extraviada, inicial, sino por la pérdida de lo posible, por su bloqueo, por la categoría dialéctica de lo posible imposible”. Y añade: “En el lugar de la expresión de la enajenación como expresión de una pérdida, de un pasado, hay que poner el sentido, la enajenación como imposibilidad de realizar una posibilidad, como virtualidad bloqueada”.

Esta frase me pareció iluminadora cuando la leí, hace ya mucho tiempo. Y es que, si nos acercamos a esta teoría, llegamos a la idea de que la enajenación en Marx significa un proceso o un estado mediante el cual la capacidad política del ser humano, su capacidad de sintetizar formas de lo social, de darle figura al conjunto de relaciones de convivencia se clausura, se niega, se anula en el sujeto y es exteriorizada y absorbida por la cosa. El fenómeno de la enajenación lo es de cosificación de la función política del sujeto social. En lugar de ser el sujeto social quien dirige y se comporta autárquicamente respecto de las posibilidades de darse una forma en su convivencia, obedece lo que la cosa le dice de cómo debe existir, de cómo debe ser su vida. En esta enajenación, la capacidad sintética de lo político del sujeto social está cedida a la cosa, arrebatada por la cosa. Esta última es la mercancía capitalista, el mundo de las mercancías capitalistas, el valor que hay en éstas. El valor valorizándose de estas mercancías es la acumulación de capital. Éste es el sujeto sustitutivo que toma para sí la capacidad que no ejerce el sujeto real, el sujeto humano: la capacidad de decidir su futuro, de construir su historia, de organizar las relaciones de su convivencia.

Esta es, pues, la descripción más sucinta del concepto de enajenación en Marx. Aquí se pone en juego el problema de la subsunción o subordinación de la vida concreta, de la forma natural de la vida, a la forma del valor valorizándose, esta subordinación de lo concreto a lo abstracto, de la forma natural de los valores de uso, del mundo de los valores de uso a ese fantasma de ellos mismos que es el valor que se valoriza.

Pero la observación de Lefebvre es muy aguda porque nos plantea que la enajenación no es un estado, algo que aconteció cuando apareció el capital, con el surgimiento y la expansión de la autoafirmación del capital; no es algo que está ahí, como un destino,

una plancha que pesa sobre la realidad humana, aquello dentro de lo cual vivimos. Lefebvre nos dice que no es un destino que aconteció alguna vez y que se expresa en todos los fenómenos de la enajenación que conocemos, sino que se debe pensar la enajenación de una forma diferente. La idea es que la forma natural, el mundo de la vida, las pulsiones que están generando el valor de uso en cuanto tal, son algo que no fue castigado desde antes por el pecado original de la enajenación. La forma natural, su capacidad de plantear esto que sería la vocación del sujeto social de decidir por sí mismo, de ser autárquico, no es algo que esté ya aplastado y clausurado, que haya pasado ya definitivamente al terreno de la cosa, del capital, sino que las pulsiones de la forma natural del mundo de la vida se renuevan siempre. Y, como Sísifo, estas pulsiones están siempre una y otra vez siendo dominadas, ganadas, vencidas por la forma del valor o la acumulación del capital.

No hay, pues, un estado de enajenación, sino un acontecimiento de la enajenación. La enajenación está siempre aconteciendo porque la forma natural siempre está reviviendo y siendo subordinada, subyugada por la forma de la valorización, por la acumulación de capital, por el valor valorizándose.

Este planteamiento de Lefebvre se conecta con otra idea de Walter Benjamin que dice que en la historia que conocemos el enemigo de la vida, del sujeto social, del ser humano no ha dejado de triunfar. Siempre está triunfando, pero siempre está triunfando porque siempre hay algo sobre lo cual tiene que triunfar y este algo es una pulsión que es propia de la forma natural del sujeto social, del mundo que él se construye para su vida.

Como dicen Lefebvre y Benjamin, la oportunidad revolucionaria está siempre aquí. No es algo que se debe esperar para cuando maduren las condiciones en las cuales ese hecho, ese destino, esa plancha de la enajenación pueda ser retirada. La oportunidad revolucionaria está siempre ahí, en lo pequeño, en lo mínimo, en lo más ínfimo o también en lo grande, lo total o lo público. La oportunidad revolucionaria está ahí porque siempre están resurgiendo la forma natural y sus pulsiones. Este es el momento romántico del pensamiento de Lefebvre que creo necesario rescatar.

La enajenación, pues, no es un estado del sujeto, sino un desfallecimiento momentáneo de ese sujeto. Es la pérdida, es decir, el ser derrotado del sujeto. La enajenación aparece en el momento en que el sujeto es derrotado por el capital, en que la forma natural de la vida es vencida por la forma de la acumulación del capital. Este planteamiento de Lefebvre le da un giro importante al problema de la enajenación: si ésta no es algo que sucedió, que ya está ahí y que algún día desaparecerá, sino que está aconteciendo, entonces es algo sobre lo cual nosotros en cada caso podemos decidir. La enajenación nos puede acosar en lo más íntimo y frente a ella podemos reaccionar. La posibilidad de un comportamiento ético revolucionario está siempre ahí. El haber rescatado este momento de la teoría de la enajenación es uno de los

aportes más importantes de Henri Lefebvre.

La enajenación, pues, no es un hecho sino un acontecimiento, no es algo ya decidido, sino algo que está siempre por decidirse. Desde fuera, podemos observar –como lo hiciera ya Benjamin– que el enemigo no deja de vencer, que el capital no deja de subsumir a la forma natural de la vida. Desde fuera, podemos ver que la historia es una sucesión de triunfos del enemigo. Pero desde dentro, como estamos viviendo, no podemos mirar eso; lo único que podemos mirar es que la pulsión está ahí, que la tendencia del sujeto a la liberación, la necesidad de sacudirse de la subordinación del capital, está ahí, y que esta subordinación siempre resulta vencida sin que por ello quede aniquilada la pulsión, la capacidad del sujeto de rebelarse. La rebeldía, la resistencia, son valores indispensables del comportamiento del sujeto social porque están afirmando el hecho de que la enajenación está aconteciendo y puede tal vez dejar de acontecer.

Este punto tiene mucho que ver con la personalidad de Lefebvre. Él es un personaje de novela, tal como dice él mismo en su libro de memorias *La somme et le reste*, en donde nos cuenta toda esta aventura de su pensamiento y donde podemos reconocer esa voluntad de sistema, de pensar todos los temas, abordarlos desde todos los lados, siempre tratando de encontrar una coherencia en todo ello, pero, como decía, no la coherencia sistemática en el sentido deductivo del sistema de Hegel, sino una concordancia, una coherencia de asociación, de contigüidad, de contagio más bien